

Texto escrito por Guillermo Schmidhuber de la Mora para el homenaje que Jalisco hizo a Juan José Arreola el día que este autor cumplió ochenta años.

Zapotlán el Alto,
Un día de 1934

Querido Juan José:

No se acostumbra mandar cartas a los amigos del pueblo. No hay cartero que lleve la correspondencia a Atenquique, ni San Gabriel y Comala, pero tú te has ido mas lejos. Te fuiste a Guadalajara y me dicen que quieres irte más lejos, a otros países. Aquí en Zapotlán todos te echamos de menos, siempre sentiremos que hay un vacío. Por mi parte, sentiré que *La feria* no será tan alegre. No sé si todos los que aquí viven te recordarán con tanto cariño como yo. Todo sea por Dios.

Fue una verdadera lástima que no hicimos la primera comunión juntos, tú te comiste una galleta y yo sí guarde el ayuno. Siempre recordaré que crecimos juntos, compartiendo los juegos, cierto es que tú creabas los juegos, pero yo era el que los jugaba contigo.

Compartíamos los dulces cuando llegaban de Colima y hasta compartimos regaños, cuando eras tú el que más los merecía. Como cuando fuimos al convento de San Francisco y nos hallaron con una niña. No estábamos ni siquiera en párvulos, íbamos nomás a acompañar a tus hermanas más grandes. Era el tiempo en que jugábamos el juego de tú tía Jesusita: “Cuando vayas a comprar carne, no compres de aquí, ni de aquí, ¡Solo de aquí!” y de repente nos hacía cosquillas debajo del arca. Pero nosotros cambiamos el juego, ¿te acuerdas?, comenzábamos desde el tobillo e íbamos subiendo por la pierna de las niñas despacito. Así fuimos creciendo.

Un día nos corrieron de la escuela porque hicimos un ejercicio de palabras de dos sílabas, que al juntarlas hacían malas palabras.

Zapotlán ya es una ciudad civilizada, con zona de tolerancia, caseta de policía y toda la cosa. Hoy viernes 29 de septiembre de 1934 supe que partiste. No pude asistir a tú cumpleaños el 21 de septiembre, los dos cumplimos 16. Tú y yo ya somos todo un hombre. Tú madre me dijo que te habías ido en el tren a Guadalajara. No llegamos ni a despedirnos. Zapotlán te quedo chiquito, como un día te quedará chiquito el horizonte tapatío.

En el tren que te fuiste no ibas solo. En tú maleta llevabas algo más que ropa, cosméticos y libros. Entre tus manos y tú corazón está ubicada tú memoria. En ella nos llevas a muchos que seguiremos pensando en ti. Allí llevarás los aromas de nuestro pueblo, los sonidos que señalan las horas, los sabores policromos de la pitaya, el sabor misterioso del arrayán y la guayaba, los sabores de las cocadas afrutadas, sobre todo la de piña que tanto te gusta, y también la cocada borracha y el rey de las cocadas, el alfajor. Y sobre todo el olor sabroso y refrescante del agua de lima.

También te llevas los murmullos, los ecos del cómo hablamos por acá. Nunca podrás olvidar las sonrisas de Alicia, Ofelia, de Conchita y de Luz. Ellas siempre te hicieron más caso que a mí, por eso yo debiera ser el que pensara en irme lejos. Por más que andes lejos, llevarás en tú nariz el olor de trenza de mujer joven.

Estoy cierto que nunca se te podrá olvidar Zapotlán, aunque llegues a ciudades grandes como Guadalajara, nuestra capital, y ¿por qué no? París y Madrid, y otras que ni yo mismo no sé cómo llamarlas. En ese pedazo de tierra en donde Dios quiso que iniciaras la vida, descubriste la poesía, algo que a pesar de lo mucho que has ayudado, no llego a comprender. Aquí en Zapotlán fuiste actor en el teatro que está al lado de la iglesia.

Aquí también conociste la flora y la fauna, por ejemplo, los sapos que tanto te llaman la atención y que dices que son corazones tirados al suelo. También las aves de rapiña y el zopilote real, el búho y las pequeñas aves. Lástima que no tengamos camélidos, boas, focas, cebras, jirafas, hipopótamos y rinocerontes, y otras bestias de partes alejadas del mundo por las que siempre sentiste una gran fascinación, explícame por qué tienes haber tantos animales, ¿No te bastan los caballos, los burros y las gallinas? A mí, estos me bastan y me sobran. Ésos que te gustan tanto, ni siquiera te los puedes comer.

Aquí en Zapotlán aprendiste a declamar y a hablar dibujando las letras en los labios. Yo nunca pude y hablo trapajoso como tantos de aquí. A pesar de que juntos aprendimos de memoria las poesías de Rubén Darío, de Enrique González Martínez y de Pablo Neruda, tú sí las comprendes y escribes cosas que se le parecen.

Juntos conocimos a ese gran señor Neruda en su visita a Zapotlán. Guarda siempre el soneto que escribió sobre Zapotlán. Nunca lo pierdas, y cada vez que lo encuentres, léelo de nuevo y piensa en nosotros.

Adiós, Juan José, te vas y nada será igual para mí. ¿Con quién voy a acompañarme para irme a confesar? Ya no te podré contar los pecados que oigo que otros confiesan. Tú te vas a hacer famoso como los toreros, mientras yo me dedicaré a la tierra y el maíz, y me casaré con alguna de las que hoy todavía suspiran por ti.

Sin ti todo será diferente, ya nadie me podrá descubrir la belleza de las cosas, como la pitaya que antes me las comía sin verlas, pero tú me enseñaste a contemplarlas primero, después a besar su carne y, por último, a plantarles la mordida. Todo lo hermoso seguirá aquí, pero no habrá quien lo nombre. De ti aprendí a agudizar mis sentidos, pero nunca aprendí a nombrar las cosas.

Adiós amigo, cuando escribas algo, mándame una copia, para saber si por aquellas tierras hay los colores, los sabores y los animales de aquí. Vive muchos años y un día regresa a nuestro pueblo. Ese día será grande para Zapotlán y tú regresarás no sólo a tú pueblo, sino también a tu infancia. Te recordaré siempre.

Tu mejor amigo zapotlanense.¹

¹ Carta apócrifa escrita por Guillermo Schmidhuber de la Mora para celebrar el 80 aniversario del natalicio del maestro Juan José Arreola.